

REFLEXIONES SOBRE LA PRUDENCIA

Wualdo Pérez Momba*

RESUMEN

En el presente artículo se presenta un estudio sobre la virtud de la prudencia, desde un marco principalmente bíblico-teológico, pero teniendo como punto de partida el pensamiento clásico griego. Posteriormente se analizan las características que sobre esta ineludible virtud aparecen en la literatura sapiencial, el Nuevo Testamento y las Cartas Paulinas, luego se presentan algunas líneas de pensamiento de la doctrina de los Santos Padres. Se reflexiona sobre la virtud de la prudencia como principio del discernimiento espiritual de la persona, como opción fundamental por el Bien Absoluto con su carácter específico de calcular, decidir y ordenar los medios y los caminos hacia el fin como sentido.

PALABRAS CLAVE

Virtud. Sabiduría. Prudencia. Discernimiento espiritual. Gracia. Don de Dios. Opción fundamental.

REFLECTIONS ON PRUDENCE

ABSTRACT

The present article is a study of the virtue of prudence within a mainly biblico-theological frame, and having Classical Greek thought as a point of departure. Later on there is an analysis of the characteristics of this unavoidable virtue as they appear in the sapiential literature: the New Testament and the Pauline Letters. This is followed by some lines of thought of the doctrine of the Holy Fathers. There is a reflection on the virtue of prudence as principle of the person's spiritual discernment, as a fundamental option for the Absolute Good with its specific characteristic of calculating, deciding and ordering the means and ways towards the end as meaningful.

KEY WORDS:

Virtue. Wisdom. Prudence. Spiritual discernment. Grace. Gift of God. Fundamental option

INTRODUCCIÓN

Por ser imagen y semejanza de Dios el hombre participa del señorío del Creador, con un dominio que expresa su más profunda verdad por el hecho de poder transformar el mundo material externo, tam-

bién por la capacidad que tiene el ser humano de auto poseerse y de auto-construir su propia existencia en este mundo. Dominio que es señal y fruto de nuestra libertad, que a su vez es signo eminente de la imagen divina: «Dios creó al hombre al principio y le dio libertad de tomar sus decisiones» (Eclo.

* Magíster en Sagrada Teología por la Universidad Pontificia de Salamanca. Profesor en la especialidad de Religión y Ciencias Naturales por la Universidad Marcelino Champagnat. Docente Asociado de la Universidad Femenina del Sagrado Corazón.

15, 14), de manera que busque espontáneamente a su Creador y llegue libre, mediante la adhesión a él, a su plena perfección (GS, 17). Pero ¿Cómo ser, en la auténtica libertad, señor de sí mismo y dueño de nuestros propios actos? La respuesta está unida a la virtud de la prudencia. Sólo es posible con la prudencia, en mérito de la cual el hombre, liberado totalmente de la cautividad de las pasiones, tiende a su fin con la libre elección del bien y se procura medios adecuados para ello con eficacia y esfuerzo crecientes (GS, 17). Se podría comprender la prudencia como la virtud necesaria para alcanzar el propio dominio, como mandato principal que recibimos del significado mismo de nuestra libertad. El hombre ha necesitado miles de años para aprender a dominar la naturaleza, a someter la tierra a su señorío, ahora debe alcanzar su propio dominio.

Urgido particularmente por la situación social y cultural propia de nuestra historia, la prudencia alumbró y guía al hombre en el uso correcto de la libertad, para que se hagan más humanos todos sus descubrimientos técnicos y científicos.

La importancia de esta virtud se hace todavía más urgente cuanto más amplio es el vacío que su exposición registra, no sólo en la educación moral común, sino en la misma reflexión teológica. La virtud de la prudencia es la piedra angular que sirve de base a las demás virtudes, únicamente aquel que sea prudente podría ser también justo, fuerte y sosegado, y que el hombre bueno es tal en virtud de su prudencia.

I. Líneas históricas fundamentales sobre la prudencia

1.1. El pensamiento filosófico antiguo

Para comprender mejor el pensamiento cristiano hemos de apelar a la reflexión

filosófica griega y romana sobre la prudencia. Sabido es que el platonismo y el estoicismo, a través de la mediación de Cicerón han influido en los Padres de la Iglesia y en los teólogos escolásticos.

Platón describe esta virtud desde la perspectiva social: lo mismo que el coraje o la fortaleza es la virtud propia de los soldados, y la templanza de los artesanos, así la prudencia es la virtud de los jefes de la ciudad. Tres virtudes fundamentales, cuyo equilibrio queda asegurado por la virtud general de la justicia. En consecuencia, la prudencia sería la virtud de la razón, que dirige la administración de los asuntos de la ciudad, la virtud del buen consejo, (*phrónesis*) a partir del conocimiento de la realidad general, de ahí que Platón en República IV, 427 exprese: *«Para lo que hay de más restringido en el grupo o en una parte, para lo que conocimiento que está comprendido en ello, para lo que mantiene el poder y dirige en un estado basado según la naturaleza, debe haber prudencia en su conjunto; y al parecer está en la naturaleza de las cosas que la clase menos numerosa sea aquella a la que le corresponde participar de este conocimiento, para la cual tiene que reservarse el nombre de sabiduría entre todos los demás conocimientos.* Se infiere que, la prudencia es conocimiento y, como tal, el más alto de los bienes.

Aristóteles en Ética a Nicómaco VI, 3 propondrá un concepto más práctico de prudencia, aunque la clasifica entre las virtudes intelectuales: *«Admitimos que hay cinco formas de actividad, por medio de las cuales el alma expresa la verdad, bien por afirmación, bien por negación. Son el arte, la ciencia, la sabiduría, la prudencia y la inteligencia».* Con la inteligencia, la ciencia y la sabiduría conocemos las cosas eternas, con el arte y la prudencia nos dedicamos a las cosas contingentes; particularmente, el campo del arte es el del hacer (moldear y trabajar la materia), mientras el de la prudencia es el del actuar, del acto humano en cuanto que conviene al fin último; en efecto, continúa en Ética a Nicó-

maco VI,5: «*se llaman prudentes los hombres que saben decidir convenientemente en lo que es bueno y útil a su felicidad*».

Para Aristóteles el hombre adquiere la felicidad mediante las virtudes que mejoran las facultades humanas, la primera es la inteligencia que desarrolla la dignidad. La prudencia orienta al hombre en la búsqueda de su fin último y en la elección de los medios. La prudencia tiene tres ámbitos: la prudencia particular, referida a los actos del individuo; la prudencia familiar, orienta la buena conducta de la vida, la casa y los negocios; la prudencia política, rige la vida pública. Para que cumpla debidamente con su función la prudencia tiene que ir acompañada de una virtud que rectifica la deliberación, euboulía y de dos virtudes que aseguran la exactitud del juicio práctico: la synesis y la gnóme.

La prudencia por muy sublime que sea, no es la más alta virtud del espíritu. Superior a ella, es la sabiduría que contempla las cosas divinas, y el amor (la caridad) quien permite la vivencia de Dios. De ahí que se puede conceptualizar la prudencia como la virtud que, siendo virtud intelectual, dirige las acciones humanas en conformidad con la verdad.

1.2. El mensaje bíblico

En el Antiguo Testamento la referencia más constante está en la literatura sapiencial, en el contexto general de la vida moral, que se inspira en la revelación de Dios (la alianza y la torá) y en la experiencia humana que hace referencia al conocimiento, expresado frecuentemente en el binomio sabiduría y prudencia, pero al conocimiento en cuanto comprometido a dirigir la acción concreta.

El Antiguo Testamento no olvida lo que podría llamarse la prudencia «natural», la que dispone a dirigir la obra deseada con

perfección, (2 Cron. 2,11). «*Bendito Yahvé, Dios de Israel, que ha hecho los cielos y la tierra y a dado al rey David un hijo sabio, entendido, cuerdo y prudente, que edifique casa a Yahvé y casa real*». Con sentido común (Eclo. 38,4). «*El Señor hace brotar de la tierra los remedios y el varón prudente no las desecha*», *está atenta a la sabiduría moral, como arte de vivir según la voluntad de Yahvé*». Es propiedad de Dios (Job 12,13) «*En él están la sabiduría y el poder; suyo es el consejo, suya la prudencia*».

La prudencia es un don suyo (1 Re 3,9) «*Da a tu siervo un corazón prudente para juzgar a tu pueblo y poder discernir entre lo bueno y lo malo, porque ¿Quién, si no, podrá gobernar a un pueblo grande?*» También exige que el hombre la busque y acoja a través de la oración (1 Re 3,28; 10,24; Sab 7,7; 8,21-9,18). Docilidad para escuchar los consejos de los padres, maestros, y ancianos (Prov. 10,17; 24,6). Esta prudencia está basada en el temor de Dios (Prov. 9,10; 30,2; Dan 9,3), será fuente de muchos beneficios, de muchas obras buenas que disponen a actos de misericordia (prov. 19,11), justicia, pureza, paciencia, fortaleza, equidad. El ejercicio de todas estas virtudes es connatural al hombre poseído de la prudencia, que su vida y su dicha es practicarlas (Prov. 10,23). Quien posee la prudencia es un hombre perfecto (Prov. 15,21). La prudencia es la razón práctica que nos hace ver lo que debemos seguir y lo que debemos evitar y lo que nos da las fuerzas necesarias para llevarlo a cabo.

Hay también vicios incompatibles con la prudencia, como la pereza, (Prov. 10, 4-5), la ira (Prov. 14,17), el ansia de riquezas. En el libro de la sabiduría se dice expresamente: «*Los frutos de la sabiduría son las virtudes, porque ella enseña la templanza, la prudencia, la justicia y la fortaleza; las virtudes más provechosas para los hombres en la vida*» (Sab 8,7).

En el Antiguo Testamento, sobre todo en los libros sapienciales, se enseña y re-

comienda expresamente como el medio seguro para evitar el mal y obrar el bien, para caminar rectamente por el sendero de la vida y conseguir la verdadera felicidad. Es la ciencia de los santos que es necesario apreciar y pedir a Dios sin flaquear, pues es el origen y el dador de ello. Se la concedió abundantemente al rey Salomón que se la pidió. Pero en especial se la comunicó a David, que sobresalía en su prudencia bajo las miradas complacidas y protectoras del Señor.

En el Nuevo Testamento: Jesucristo, recomendó a los apóstoles a ser prudentes como las serpientes ya que se verán acosados como corderos en medio de lobos (Mt 10, 16); que no sean menos hábiles y solícitos para conquistar el Reino de los Cielos que el administrador infiel para asegurarse el porvenir (Luc. 16, 1-9); la alabanza del varón prudente que construye su casa sobre piedra (Mt 7, 24-27); se reprocha a las vírgenes necias por su falta de previsión, mientras que se alaba a las prudentes porque había preparado oportunamente sus lámparas (Mt. 25, 1-3); el que quiera construir una torre o enfrentarse con el enemigo tiene que hacer antes sus cálculos y ser prudente (Lc 14, 28-32); el amo pone al frente de su casa a un siervo fiel y prudente (Mt. 24,45 ; Lc 12,42).

Jesucristo dio ejemplo de prudencia desbaratando repetidas veces los lazos que le tendían sus enemigos o absteniéndose de aparecer en público cuando estaba amenazado.

Son falsas prudencias las del rico granjero que olvida su alma (Lc 12, 16-20) o la del joven rico que renuncia a seguir a Jesús (Lc 18, 18-23). La verdadera prudencia en el Nuevo Testamento busca primero el Reino de Dios y su justicia, sabiendo que todo lo demás se le dará por añadidura (Mt. 6,33).

De la enseñanza de Pablo recordamos explícitas recomendaciones a la prudencia

dirigida a todos: *«hermanos, mucha atención a como os portáis con prudencia, no como simplones sino como hombres de talento»* (Ef. 5, 15). Aconseja a los ancianos para que sean sobrios, pudorosos, prudentes, sanos y robustos en su fe, en la caridad y la paciencia; que las ancianas igualmente observen un porte santo, sin hablar mal de nadie, ni dejarse llevar de la bebida, sino hábiles y buenas maestras de las jóvenes para que aprendan a amar a sus maridos, a cuidar sus hijos, a ser honestas, bondadosas y hacendosas (Tit 2, 1-6). Que todos sean hábiles para el bien e inhábiles para el mal (Rom 16, 19) *«Que el obispo sea irreprochable... , sobrio, prudente, morigerado, hospitalario, capaz de enseñar; no dado al vino ni pendenciero, sino ecuaníme, pacífico, no codicioso»* 1Tim 3, 2-3).

1.3. La doctrina de los Padres

El tema de las virtudes cardinales llega a los padres de la Iglesia a través de la Escritura y también por medio de la reflexión filosófica griega y romana, como lo atestiguan San Ambrosio y San Jerónimo, entre otros. Las cuatro virtudes cardinales son consideradas de origen bíblico referidas al libro de la Sabiduría (Sab 8,7).

Los Padres griegos como San Basilio y San Juan Crisóstomo sostienen en sus escritos que la prudencia no solamente es una gran virtud, sino que sin ella no se da ninguna otra y con ella viven todas juntas.

San Agustín habla varias veces de la prudencia en el contexto general de la virtud. Se subrayan diversos aspectos de la prudencia como el estar atentos para evitar los peligros, el saber discernir entre el bien y el mal. San Agustín insiste en relacionar las diversas virtudes con la caridad, de tal manera que la prudencia se configura como mediación y forma de amor; es un amor clarividente en orden a lo que le sirve de ayuda, un amor a Dios, Sumo Bien, Suma Sabiduría y Unidad.

Para San Agustín la prudencia es el amor que sabe distinguir bien lo que puede ser útil de lo que puede obstaculizar en el camino de Dios. Insiste especialmente en que es un don que Dios ofrece al hombre peregrino para que avance hacia la única virtud, que es Cristo: virtud y sabiduría de Dios.

1.4. Elaboración doctrinal escolástica

En la teología monástica hay que recordar a San Bernardo que aborda el tema de la prudencia como discreción y moderación subrayando su función de dirigir las virtudes. Discreción y prudencia son dos modos de indicar la misma realidad moral.

Guillermo de Auxerre afirma que la prudencia se refiere a la razón y lleva consigo un doble juicio: discernir el bien y el mal en la acción propuesta (juicio de la conciencia), de realizar o no realizar la acción. Este acto prudencial se identifica con la elección, que es el acto propio del libre albedrío. Se presenta la prudencia como juicio de la razón práctica, cuya actitud es la elección del bien.

Santo Tomás desarrolla sistemáticamente el tema de la prudencia. En su Comentario a las Sentencias escrito en París entre 1254 y 1256, aclara la verdadera naturaleza de esta virtud afrontando los problemas mal resueltos por sus predecesores, en la vida virtuosa la función de la prudencia es fijar el justo medio e impregnar de razón el apetito sensitivo para engendrar allí las virtudes morales, dirigir la acción de estas mismas virtudes en la elección de los medios apropiados, la cual implica el acto típico de la prudencia. Santo Tomás prueba que no puede haber prudencia sin virtud moral, ni virtud moral sin prudencia.

Aproximadamente diez años más tarde examinará a fondo el problema de la pru-

dencia desde el punto de vista filosófico en el Comentario a la Ética de Nicómaco mientras que en *Summa Theologiae* I-II, q. 56, a. 3, q. 57. 58. 61, define cuidadosamente la función específica de la prudencia respecto a las virtudes morales. El estudio completo lo desarrolla en la II-II, q. 47-56. En la q. 47 estudia la virtud de la prudencia en sí misma en 16 artículos. En las qq. 48-51 examina las partes de la prudencia: la memoria, la inteligencia, la docilidad, la sagacidad, la razón, la providencia, la circunspección, la cautela. Las partes subjetivas, o sea, las diversas formas de prudencia; real, política, económica, doméstica, militar. Las partes potenciales, como la euboulía, la syneesis o recto juicio y la gnóme o juicio perspicaz. La q. 52 está dedicado al don del consejo como don del Espíritu Santo que de relaciona con la virtud de la prudencia. A su vez las qq. 53-55, tratan de los actos opuestos a la prudencia: La imprudencia, la negligencia, la astucia, el engaño, la solicitud por las cosas temporales, la avaricia; y, finalmente la q. 56 trata de los preceptos relativos a la prudencia.

II. Análisis teológico sobre la prudencia

La perspectiva histórica señalada pone de relieve la posibilidad de intentar una serie de reflexiones, teniendo en cuenta los siguientes aspectos.

2.1. Prudencia y signo de los tiempos

Generalmente la virtud de la prudencia ha sido interpretada en clave individualista, de manera privada según su función aplicativa de la norma moral a la situación personal concreta. La prudencia entendida como saber práctico normativo de todo el comportamiento humano, está llamada a juzgar y decidir el aspecto ético de la acción concreta a la luz de los principios morales generales.

En la perspectiva clásica de la prudencia no está ausente la atención a la sociedad, a los problemas y a las responsabilidades sociales. Es una virtud característica de cuantos están llamados a regir y administrar la ciudad. Para Santo Tomás la función de la prudencia es de gobernar y de mandar. Cuando en los actos humanos tenemos una forma especial de mando, tenemos también una forma especial de prudencia. Será tarea del hombre prudente encontrar el camino que mejor corresponda a las situaciones sociales concretas para la realización de una justicia social.

En la actualidad vivimos en una sociedad cada vez más democratizada en la que cada persona tiene una responsabilidad social y política; aun más, no estamos en una fase de tranquilidad, sino en una época de continuos cambios con todos los problemas que eso comporta. Por la actitud del sujeto individual en su compromiso público de tipo político, puede y debe el hombre como cristiano contribuir a una solución digna de los problemas humanos. Pero ¿Cómo se daría esto si no es gracias a la virtud fundamental de la prudencia, la cual debe estar acompañada de las capacidades naturales y la dinámica del amor al prójimo, sin la cual no existe el amor a Dios?

Debemos de subrayar de un modo exclusivo la función aplicativa de esta virtud: Juzga y decide, mediante el imperativo de la moralidad del acto concreto o en situación aplicando los principios morales universales. La perfección de la prudencia se mide por la perfección de la aplicación.

La virtud de la prudencia está llamada no sólo a aplicar las normas universales a la situación personal concreta, sino también a discernir la norma particular presente, teniendo como tarea formular un juicio sobre los elementos existenciales de la situación. Es el esfuerzo por encontrar en

toda nuestra existencia las intenciones divinas. Concebida como virtud de la inteligencia práctica, se refiere al ámbito en el que la verdad tiene que hacerse y construirse por obra del sujeto. Es por tanto una virtud creadora, que en cada ocasión encuentra la solución según la justa medida de un suceso que no volverá a presentarse de nuevo. En esa atmósfera de oración, de disponibilidad habitual a Dios y a lo mejor de uno mismo, encontrará la prudencia una ayuda en los dones del Espíritu Santo, fundamentalmente en los dones de la sabiduría y del consejo, que llevan una disponibilidad en el alma a las visitas de Dios y a las exigencias morales que éstas llevan consigo.

La virtud de la prudencia implica discernir la palabra de Dios en la historia, partiendo del presupuesto de que en la historia humana se cumplen paralelamente, pero entrelazándose el uno con el otro, dos misterios: El *Misterium Salutis* que es obra del Espíritu creador y de la fuerza de la Resurrección de Cristo, y el *Misterium Iniquitatis* que es obra del adversario de Dios. La historia es palabra de Dios que llega al hombre confundido por las marañas de otras palabras mundanas. Por eso, se hace necesario leer la historia para discernir en ella los signos de Dios. La historia es un lugar teológico relacionado a un riguroso discernimiento espiritual para distinguir lo que es palabra de Dios y lo que es palabra del mal. La prudencia inspirada por la Fe y guiada por el Espíritu ejerce una función especial en cuanto que capacita para el discernir los signos de la presencia y el plan de Dios dentro de la historia.

Con mucha claridad e insistencia B. Häring escribe: «*La prudencia es la noble servidora de la más noble dama, la sabiduría, con cuya luz y a cuyo servicio ve en la realidad, en la situación dada, la ocasión propicia (Kairós) puesta por la acción divina; recibe el encargo que ésta trae*

de parte de Dios, y busca los medios y el camino para poner en actividad el amor de Dios y del prójimo... más sólo la prudencia puede columbrar en las mil situaciones de la vida, tan complicadas y oscuras muchas veces, o tan insignificantes aparentemente, lo que hic et nunc es el bien, lo que hic et nunc está conforme con el Espíritu de Cristo, la llamada concreta de la caridad... Para el prudente y sólo para él, es cada momento el momento de la gracia, el momento de trabajar por el reino de Dios... La Prudencia hace que en toda situación, aun en la más intrincada, sea transparente a la voluntad de Dios que en ella se encierra... Sólo es prudente aquel que sabe doblegarse a las necesidades del momento histórico, comprendiendo que la providencia lo ha permitido tal cual es y que fue ella quien lo colocó en él. El momento histórico es el que manifiesta y ofrece las posibilidades del bien... El cristiano necesita la prudencia para ser buen ciudadano y servidor del reino de Cristo. Al decir que la prudencia está al servicio del reino de Dios en su urgente realidad se ha dicho lo esencial. (La ley de Cristo III, Barcelona 1968, 31-33).

La virtud de la prudencia concebida de este modo se convierte en principio de discernimiento en el individuo y en la comunidad, entre situaciones históricas concretas, particularmente desarrollando su atención específica a los problemas sociales en su histórico devenir. De esta manera la prudencia es vista como virtud reguladora de la historicidad de la persona en su dimensión individual y comunitaria, en el sentido de asegurar el recto orden en el desarrollo, en conformidad con la dignidad personal del ser humano y con las exigencias de la voluntad de Dios y del reino.

2.2. El tema bíblico del discernimiento

Toda reflexión teológica tiene como punto de referencia a la Palabra de Dios, inspirada y consignada por escrito. También la reflexión sobre la prudencia encuentra en la Escritura el campo privilegiado de florecimiento y desarrollo. Para una com-

prensión más amplia de la prudencia cristiana se debe dar prioridad al contenido de la virtud, bajo términos o categorías de temas afines al de la prudencia, como el discernimiento.

Es imprescindible hacer una lectura propiamente teológica que se deduce el contenido múltiple y original de la prudencia en la historia de la salvación.

La prudencia cristiana es esencialmente gracia, participación de la vida de Cristo en su Espíritu, momento de vida eclesial, juicio y opción en orden al ésjaton, al final de los tiempos. Sobre todo, el discernimiento paulino permite renovar con un arraigo en la Biblia el tratado de conciencia prudente. Los escritos paulinos nos ofrecen la estructura misma de este tratado, cuyas articulaciones principales son el don del discernimiento espiritual, las exigencias normativas de la voluntad de Dios, las exigencias de la caridad.

Hay textos particularmente significativos en las cartas paulinas, donde aparece el original contenido ético en relación con la prudencia, es el de Rom 12, 1-2. Después de mostrar el discernimiento de los paganos (Rom 1, 28-32) *«Y como no procuraron conocer a Dios, Dios los entregó a su réprobo sentir, que los lleva a cometer torpezas, y a llenarse de toda injusticia, malicia, avaricia, maldad; llenos de envidia, dados al homicidio, a contiendas, a engaños, a malignidad; chismosos o calumniadores, aborrecidos de Dios, ultrajadores, orgullosos, fanfarrones, inventores de maldades, rebeldes a los padres, insensatos, desleales, desamorados, despiadados; los cuales, conociendo la sentencia de Dios que quienes tales cosas hacen son dignos de muerte, no solo lo hacen, si no que aplauden a quienes las hacen».*

Y del discernimiento del judío (Rom 2, 17-24): *«Pero si tu, ioh judío!, que confías en la ley y te glorías en Dios, conoces su voluntad e ins-*

truido por tu ley, sabes estimar lo mejor, y presumes de ser guía de ciegos, luz de los que viven en tinieblas, preceptor de rudos, maestros de niños, y tienes en la ley la norma de la ciencia y de la verdad; tú, en suma, que enseñas a otros, ¿cómo no te enseñas a ti mismo? ¿Tú, que predicas que no se debe robar, robas? ¿Tú, que dices que no se debe adulterar, adulteras? ¿Tú, que abominas de los ídolos, te apropias el despojo de los templos?, ¿Tú que te glorías en la ley, ofendes a Dios traspasando la ley?, Pues escrito esta: «Por causa vuestra es blasfemado entre los gentiles el nombre de Dios».

San Pablo se opone al sentir y al actuar de los paganos, y al conocimiento teórico de los judíos, indica primero su fundamento y su principio general y haciendo luego una aplicación particular (Rom 14, 22-23): «La convicción que tú tienes, guárdala Para ti y para Dios. Dichoso el que a sí mismo no tenga que reprocharse lo que siente. El que discierne, si come, se condena, porque ya no procedió según conciencia, y todo lo que no es según conciencia es pecado». En el texto Rom. 12, 1-2, escribe lo siguiente: «Por ese cariño de Dios os exhorto, hermanos, a que ofrezcáis vuestra propia existencia como sacrificio vivo, consagrado, agradable a Dios como vuestro culto auténtico; y no os amoldéis al mundo éste, si no iros transformando con la nueva mentalidad, para ser vosotros capaces de **distinguir** lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, conveniente y acabado». Mientras que en Ef. 5, 8-1: «Antes, sí, erais tinieblas, pero ahora, como cristianos, sois la luz. Portaos como gente hecha a la luz, donde florece toda bondad, honradez y sinceridad, **examinando** a ver lo que agrada al Señor, en vez de asociaros a las acciones improductivas de las tinieblas, denunciadlas...»

La ética es responsabilidad que brota de una nueva situación personal. En virtud de la salvación es como los cristianos deben ofrecer su culto espiritual. En virtud de la novedad de ser como luz en el Señor, es como él está llamado a vivir, según esta misma novedad, como hijo de la luz. El ser luz presupone ser en el Señor.

La voluntad de Dios fundamenta el imperativo ético, se arraiga en el plan salvífico de Dios de modo que la norma última de la vida cristiana es Cristo mismo en su amor al Padre y a los hermanos, amor manifestado a los creyentes mediante el Espíritu y amor que constituye la revelación suprema y definitiva de la voluntad de Dios .

El discernimiento se manifiesta en dos momentos relacionados entre sí: el del juicio y de la decisión.

Concretamente se trata de un juicio consciente y responsable, que juzga y decide frente a Dios a obedecer su voluntad: si la situación del pagano es incapacidad de discernir y actuar conforme a la voluntad de Dios (Rom 1, 28; Ef. 4, 17-19), y la del judío que conoce las exigencias de Dios y no las cumple (Rom 2, 17-24 ; 7, 14-25) , la situación del cristiano es aquella del que, renovado en su ser, es capaz de llevar a cabo en las situaciones concretas lo que es agradable a Dios (Rom 12,2). El conocimiento lo que es o no conforme a la voluntad de Dios se realiza como un juicio concreto sobre el acto realizado o realizable. Es más, el discernimiento afecta la actividad del juicio y de la elección de la persona, se encuentra bajo la influencia del Espíritu Santo que recibe el creyente para la comprensión y actuación de su vida moral de conformidad con la voluntad de Dios: Es así que el Espíritu Santo se convierte en el principio último del discernimiento moral del creyente (1 Cor. 6,11 ; 12,13, 2 Cor 1, 22 ; 5,5 Rom 5,5 ; 8, 1-17 ; Gal 3,2 ; 4,6 ; 1 Tes 4,8).

La estructura ética del discernimiento para el cumplimiento de la voluntad de Dios se realiza en el contexto concreto y vivo de la historia de la salvación, teniendo presente el aspecto eclesial y escatológico. El discernimiento es personal, pero no emana de una soledad individualista, sino que es elaborado por cada uno en el interior de la

comunidad eclesial. (Rom 12,15; 1 Cor 12,26; 2 Cor 8,4; 9,13; Fil 4,15). También es significativo el hecho de que la mayor parte de las exhortaciones al discernimiento vayan formuladas en plural, además de Rom 12,2 y Fil 1,16 el discernimiento de la voluntad de Dios viene explicitado en una exhortación a compartir los mismos sentimientos (Rom 12,16; 15,5; Fil 2,2).

2.3. Vida virtuosa y cristiana

La prudencia como virtud fundamental tiene como primer significado el de señalar una disposición estable de la persona hacia el bien moral como expresión y concreción de la opción fundamental por el bien absoluto.

En esta búsqueda del bien, la prudencia tiene su propio carácter específico: el de calcular, decidir y ordenar los medios y los caminos hacia el fin. Y no basta que el fin sea recto, sino que procuran que también sean los medios y el modo de buscarlo. Existe una estrecha relación entre la prudencia y la vida virtuosa, que la persona con las virtudes se hace buena en la adhesión fundamental al bien. Esta relación va en ambos sentidos, de la prudencia a las virtudes y de éstas a la prudencia.

La Prudencia actúa en cada una de las virtudes y cada virtud es partícipe de la prudencia. La moral es fundamento y condición preliminar de la prudencia. Para la prudencia es la premisa de realización y verificación de esa actitud fundamental. Prudente es aquel que ama y quiere el bien, precedente y contemporáneamente; pero sólo aquel que es anteriormente prudente puede actuar bien.

Es la prudencia del espíritu que se contrapone a la prudencia de la carne, según los términos del apóstol Pablo, es la sabiduría de la cruz que es considerada como

locura y escándalo; son los radicalismos evangélicos que constituyen la medida del juicio y decisión para el creyente.

El tema de la prudencia es estímulo, ayuda eficaz para promover una moral de la persona, sólo el prudente está capacitado para valorar cada situación a la luz de la razón informada por la fe a decidirse personalmente asumiendo cada una de las situaciones como llamada de Dios. La prudencia es como el blindaje inteligente de nuestro ser que gobierna la multiplicidad de las cosas finitas hacia la perfección.

CONCLUSIONES

- Desde un marco filosófico podemos entender la prudencia como un saber práctico normativo de todo el comportamiento humano, rectora de la vida moral, que orienta al hombre en la elección de los medios adecuados y buenos guiando su actuar en las cosas contingentes en cuanto conviene a su felicidad.
- En la literatura sapiencial la prudencia es conocimiento entendido como sabiduría que dirige la acción concreta del hombre. Se concibe como propiedad de Dios y es un don divino que es concedido cuando se busca, fundamentalmente a través de la oración y la docilidad para escuchar. Se sostiene en el temor de Dios que hace brotar como un manantial de donde surgirán muchos beneficios y obras buenas haciéndonos ver lo que debemos evitar.
- Hay actitudes personales que se oponen a la prudencia como es la pereza, la ira, las ansias de riquezas, el buscar el propio beneficio, la avaricia, la soberbia, el orgullo, olvido del alma... Sin la prudencia no se da ninguna otra virtud, con ella viven todas juntas. Por eso, no

puede haber prudencia sin virtud moral, ni virtud moral sin prudencia.

- La virtud de la prudencia nos guía hacia la discreción y moderación siempre en actitud vigilante para evitar los peligros, por eso se entiende como principio de discernimiento que implica el buen juicio y la correcta decisión.
- La prudencia cristiana es gracia, participación de la vida de Cristo en su espíritu, es virtud de salvación. Implica descubrir la palabra de Dios en la historia para distinguir el misterio de la salvación y el misterio de la iniquidad en nuestra realidad personal y social. La prudencia se entiende como disposición estable de la persona hacia el bien moral como exposición y realización de la opción fundamental por el Bien Absoluto.

REFERENCIAS

- Márquez, R. (2002). *El libro de las virtudes de siempre*. Bilbao: Declée de Brouwer.
- Mifsud, T. (2002). *Moral fundamental: el discernimiento cristiano*. Bogotá: Conferencia Episcopal Latinoamericana.
- Pacomio L. y colab. (1982). *Diccionario Teológico Interdisciplinar*. Salamanca: Siguierte
- Pieper, J. (1990). *Las virtudes fundamentales*. Madrid: Rialp.
- Ramírez, S. (1979) *La prudencia*. Madrid: Palabra.
- Rumiati, R. (2001). *Decidirse: Como escoger la opción correcta*. Barcelona: Paidós.